

Psic. Janette Nutis.

Durante más de dos años, el barco carguero "Pelícano" navegó alrededor del mundo buscando un puerto que aceptara recibir su carga. El permiso no le era concedido y por una buena Razón: la carga del Pelícano consistía en 14,000 toneladas de ceniza tóxica que había sido embarcada en Filadelfia en septiembre de 1986. Finalmente, en octubre de 1988, el "Pelícano" descargó 4,000 toneladas en una playa haitiana y según se supo después, continuó deshaciéndose de su carga en forma ilegal.

El casi mítico viaje del "Pelícano" es un símbolo de la explotación de naciones pobres por naciones poderosas y representa también la manera irresponsable y descuidada de deshacerse de enormes cantidades de desperdicios, muchos de ellos venenosos, que inundan ahora grandes extensiones de terreno alrededor de la tierra. Las aguas polacas de la Bahía de Gdansk son una sopa de químicos tóxicos. En Hong Kong se desechan 1,000 toneladas de plásticos al día -tres veces lo que se tira en Londres. El majestuoso Río de los Reyes en Tailandia va lleno de basura maloliente y excremento humano. En la Ciudad de México se recogen diariamente suficientes toneladas de basura para llenar el Estadio Azteca.

Tradicionalmente, la basura es vaciada por los camiones que la transportan en lugares llamados tiraderos, que son extensiones grandes de suelo y a cielo abierto, en donde son dejados todos juntos en una enorme montaña. Al depositarse a cielo abierto, los microorganismos que ahí se reproducen son transportados por el viento, contaminando el aire, el suelo y el agua. Cuando la basura es quemada, se expelen al aire peligrosos gases, humo y mal olor. La basura tirada y el desperdicio industrial pueden convertirse en letales cuando los ácidos corrosivos, la materia orgánica y los metales descartados se filtran a través del suelo y contaminan las aguas subterráneas con microorganismos patógenos y sustancias químicas.

A medida que las naciones producen millones de toneladas de basura doméstica y desperdicio industrial tóxico, se acaban en el mundo los lugares para depositarlas y el peligro que entraña para la salud humana y aún para la supervivencia del planeta es cada vez mayor. En algunos países se estudia la posibilidad de lanzar al espacio cápsulas repletas de basura. Si ya no cabe en la tierra, al hombre le parece pequeño el mar para echarse un buche de agua.

Nuestro planeta, si es visto exclusivamente como fuente de recursos utilizables para la industria, tal vez pueda soportar la insensata acumulación creciente de basura. Pero, concebida la tierra como un cuerpo con un complejo tejido vivo, ciertamente no puede soportarlo. Y aún está por

verse si la trama vital del planeta podrá sobrevivir lo suficiente para permitir que reemplacemos estas formas destructivas por una sociedad humana ecológicamente orientada.

Así pues, hablar de basura deja de ser un problema desagradable para pasar a ser un asunto de sobrevivencia en el largo plazo.

Ahora bien, ¿de dónde viene toda esta basura? En primer lugar, nosotros hacemos la basura al disponer de los objetos en forma inadecuada porque si en lugar de tirarlos y mezclarlos con otros objetos que pueden ser tóxicos o contaminantes hacemos una separación de los productos que pueden ser aprovechados de nueva cuenta, estamos transformando la basura en un desperdicio reutilizable.

En segundo lugar, al producir objetos cuya utilidad es nula o que sólo sirven para promover la imagen del personaje de moda, como en el caso de los numerosos artículos fabricados únicamente con el fin de ostentar el símbolo gráfico del hombre murciélago, mejor conocido como Batman. Si por sus frutos se conoce al árbol, por lo que produce podemos conocer cuáles son los valores imperantes en una sociedad. Al decir de Fromm "lo que consumimos es algo igualmente enajenado. Está determinado más por frases publicitarias que por nuestras verdaderas necesidades, nuestros paladares, nuestros ojos o nuestros oídos". Al producir las mercancías, por otro lado, no nos preguntamos si su producción implica que se destruyan bosques o se

contaminen los ríos o el aire. Tal es el caso de los productos envasados en aerosol que afectan la ya muy delgada capa de ozono de la atmósfera o el recurrir a botellas desechables en lugar de retornables.

Los miles y miles de toneladas de basura que producimos cada día son el resultado de una práctica que, vista individualmente podría parecer inofensiva y que incluso nos pasa desapercibida. Para el individuo que deja caer con descuido la envoltura de su chocolate en la vía pública el acto no tiene ninguna importancia. En su fantasía narcisista de ser "único" no toma en cuenta que la tierra está poblada por muchos millones de seres tan únicos como él. ¿No es acaso un espectáculo cotidiano y por desgracia demasiado frecuente el ver gente tirando basura al suelo? Ya sea transeúnte o motorizado, la gran mayoría de los ciudadanos de este país contribuye religiosamente a ensuciar calles, parques y carreteras con su granito de basura. Me ha tocado ver a una señora que después de atender amorosamente la higiene de su bebé, tiró su pañal desechable por la ventana de su auto en plena carretera. Me hizo suspirar por los días en que las madres ocupaban parte de su tiempo en lavar pañales de tela.

Esta práctica, validada por el consenso de una sociedad enajenada ilustra de manera muy clara lo que plantea Suzuki con respecto al hombre occidental que, a diferencia del oriental, necesita cortar la flor para gozar de su belleza y perfume. Después, claro, la tira.

La basura es un problema social, es un producto de la sociedad, pero no de una sociedad en abstracto sino de una entidad específica, modos de producción específicos y relaciones de clase específicas. En la sociedad industrial, el factor principal es que el interés del hombre está situado en la producción, el intercambio y el consumo de las cosas. Para el homo consumens, el principal propósito es consumir y el mundo entero, las riquezas del mundo, se han transformado en artículos de consumo. En una sociedad así, el inconsciente social actúa sobre aquellos contenidos que son peligrosos para su supervivencia. Si el factor principal es el consumo, todo aquello que atente contra un consumismo cada vez más absurdo y acelerado tendrá que ser borrado de la conciencia. ¿Para qué producir objetos duraderos y de buena calidad si podemos hacerlos de material perecedero que nos permita usarlos y tirarlos lo más pronto posible de tal suerte que podamos correr a comprar otros más nuevos y relucientes? ¿A dónde iría a parar la sociedad de consumo?

Esta práctica descuidada e irresponsable de tirar todo lo que nos estorba nos revela de manera muy concreta algunos rasgos del carácter social más vinculados con la necrofilia que con la conservación de la vida. Recordemos que la orientación necrófila consiste fundamentalmente en una atracción por lo muerto, el marchitamiento, las heces, la basura, la destrucción; en un deseo de convertir lo orgánico e inorgánico, de mirar la vida como si todos los seres vivientes fueran cosas. También podemos observar rasgos de

carácter anal: atracción por las heces como por todo lo que es inútil a la vida como la basura, las cosas inútiles, la propiedad como mera posesión y el consumo.

El narcisismo social en su forma patológica está presente en la práctica abusiva de las naciones poderosas que utilizan a las menos afortunadas como tiraderos de basura, como es el caso de países como Holanda e Italia que pagan a algunos países africanos para utilizar sus tierras como cementerios de basura radioactiva. También lo observamos en el orgullo del hombre por ser creador de un mundo de cosas que antes ni habría soñado pero de cuya utilidad tampoco se cuestiona. Desde el punto de vista de los valores, el narcisismo es antagónico al amor y la razón. El hombre que actualmente habita el planeta lo hace en forma narcisista. No valora lo que recibe de la naturaleza y lejos de tratarla con reverencia, la explota, maltrata y ensucia. Podríamos decir que la basura es a la Tierra lo que el cáncer a una persona viva.

La basura no sólo tiene un aspecto desagradable, huele mal. Queremos alejarnos de ella lo más posible, que quede fuera de nuestro campo de visión. Pero, al igual que con ciertos contenidos psíquicos que quisiéramos mantener reprimidos, alejados de nuestra conciencia, las defensas resultan insuficientes. No importa qué tan lejos arrojemos la basura, regresará a nosotros en el agua que bebemos, en el aire que respiramos, nos saldrá al paso en cada esquina. Al igual que sucede con el retorno de lo reprimido, no



podremos evitarla eternamente.

Fromm escribió en La Condición Humana Actual:

"¿Qué es entonces lo que podemos esperar del futuro? Si dejamos de lado aquellos pensamientos que son sólo producto de nuestros deseos, me temo que lo que quedaría por admitir como más probable es que la discrepancia entre inteligencia técnica y razón haga estallar una guerra atómica en el mundo".

Hoy día el peligro de un ecocidio es igualmente grave e inminente. Los científicos advierten que, de continuar las actuales tendencias de crecimiento poblacional, dentro de 40 años la Tierra tendrá que albergar 10.2 billones de habitantes, que la acumulación de CO2 hará que la temperatura del globo aumente entre 3 y 9 grados Fahrenheit para mediados del próximo siglo ocasionando cambios en la temperatura que a su vez convertirán grandes áreas en infértiles o inhabitables, que la acumulación de desperdicio tóxico y contaminación radioactiva puede conducir a la escasez de agua potable, indispensable para la supervivencia, en fin, que de continuar con esta manera descuidada e irracional de desperdiciar y agredir nuestro medio ambiente, lograremos reducir la expectativa de vida de la Tierra de los 4 ó 5 billones de años que se calculan a sólo unas cuantas decenas más.

Desde luego el panorama es poco alentador, pero mientras haya vida, hay esperanza, y para que la vida continúe es necesario, es urgente que despertemos del sueño

narcisista del hombre como rey de la creación, centro del universo y dueño de todo lo que le rodea. Es absolutamente imprescindible que tomemos conciencia de que, en tanto humanos, somos parte de la naturaleza que estamos destruyendo. Es aquí donde, como psicoanalistas humanistas, debemos participar en el avance hacia una sabiduría ecológica.

Propongo concretamente que, como profesionales, colaboremos activamente con grupos interdisciplinarios de trabajo en la búsqueda de soluciones a los problemas a que me he referido. En el caso de la basura se están ya poniendo en práctica métodos de reciclamiento que permiten reutilizar materiales inorgánicos y convertir los orgánicos en composta. No todo son malas noticias. En Machida, Japón, por ejemplo, hay una planta que procesa 100,000 toneladas al año de típica basura japonesa, obteniendo de ella fertilizantes, gas combustible y metal reciclado.

En México se cuenta también con centros de reciclamiento en distintos rumbos de la ciudad. Si aprendemos a separar basura podemos disponer de estos centros o en su defecto se pueden organizar centros vecinales de reciclamiento. Indudablemente, la capacidad creativa del ser humano, avocada a ello, sabrá encontrar nuevas y eficientes maneras para dar solución al problema. De la misma manera, es aún posible tomar acciones efectivas para frenar el daño masivo que estamos ocasionando al medio ambiente. Para ello, debemos generar un cambio de actitud a

través de nuestro propio cambio. Si nuestra labor cotidiana, en tanto psicoanalistas humanistas, es hacer consciente lo inconsciente, demos el primer paso hacia una nueva conciencia humana. Cambiemos pasividad por actividad, aislamiento por integración, valor por impotencia, solidaridad por antagonismo, temor a la muerte por afirmación de la vida, narcisismo por amor. Construyamos la Ciudad del Ser. Y empecemos por un compromiso personal. YO soy responsable de la destrucción del planeta. YO soy responsable de su salvación.

CAPITULO VII
LA MUJER Y EL PSICOANALISIS

